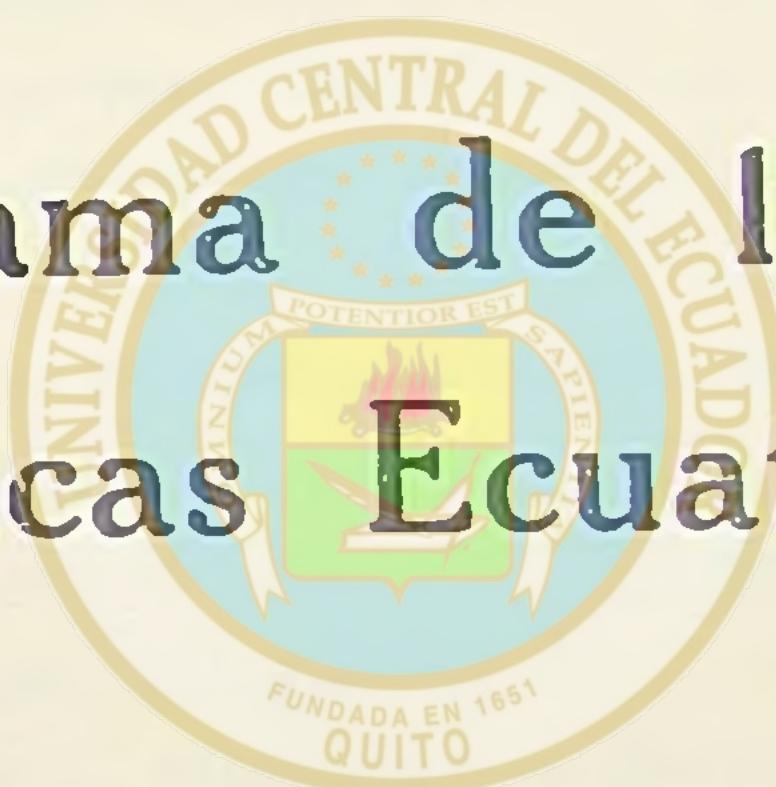


X DIOGENES PAREDES

X Panorama de las Artes
Plásticas Ecuatorianas



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

PANORAMA DE LAS ARTES PLÁSTICAS ECUATORIANAS

Fundada en Diciembre 6 de 1534 la ciudad de Quito, entre los escombros de la antigua ciudad india, sobre irregulares y quebradas lomas, sirviendo de fondo magnífico el soberbio Pichincha, se construyen casas, plazas, iglesias, conventos, al mismo tiempo que se fundaban escuelas catequísticas, se fundaba también la primera escuela de Artesanías.

Los conquistadores españoles traían entre el sayo, la cruz y la religión católica, la cultura vieja de Europa para fundirlas en el gran crisol recientemente descubierto con los rescoldos y vivencias indias, ante las miradas atónitas del mundo.

Es Fray Jodoco Ricke fundador y constructor del famoso convento de San Francisco, en el cual se funda también en 1535 la escuela donde se enseñará a leer y a escribir, construir arados y a cantar, a pintar y esculpir, hasta que esta escuela se convierta en 1553 en el Colegio de San Andrés por obra de Fr. Francisco de Morales.

Esa escuela franciscana es pues, la madre de nuestras artes plásticas y debe ser considerada como la primera en América si tenemos en consideración que Quito es la primera ciudad en el orden cronológico de su fundación, con relación a las demás capitales sudamericanas.

En esta escuela es donde aprenden y se cultivan los primeros artistas indígenas y los hijos de los colonos, que fructificarán luego para honra del arte ecuatoriano.

Siendo innegable el fervor que pusieron los primeros franciscanos en la edificación de su Convento, no lo es tampoco que ese mismo fervor religioso les obligara a traer los mejores artistas y artesanos en las diferentes manifestaciones. Así pues, vinieron a Quito los primeros arquitectos y escultores, tallistas en piedra y en madera, pintores y decoradores y los demás maestros obreros que una edificación de

esa naturaleza requería. Y es así al mismo tiempo, cómo Quito tiene ya sus primeros maestros en las Artes Plásticas.

Dentro de los países americanos pocos pueden parangonarse con el glorioso y afamado arte colonial quiteño, desde sus postrimerías coloniales sus artistas sientan celebridad que imponen en todo el Nuevo Mundo. La fama de su pintura y escultura sirvió para invadir todas las colonias americanas y aun más, a partir de esa época emigran de manera fantástica por su valor y número a los países europeos. Basta recordar que con ocasión de la histórica expulsión de los jesuitas, todos los conventos jesuíticos fueron vaciados de toda obra de arte que encontraron a mano. Numerosos coleccionistas extranjeros hacen enormes colecciones de obras de pintura y escultura hasta el siglo XIX que constituyó el de más movimiento comercial clandestino, hasta el punto de que el conocido turista francés Alcides d' Orbigny, confesara que ya nada de valioso en calidad y número, quedara para el resto de traficantes en arte, después de las valiosas colecciones recogidas por él. Este verdadero saqueo del arte colonial ecuatoriano terminó en parte, con la intervención del gobierno, estableciendo la Ley de Defensa Artística Nacional.

A la época colonial pertenecen los nombres ilustres de los pintores quiteños: desde Juan de Illescas y Luis de Rivera que pintó en la Catedral y San Francisco; el padre Bedón, religioso dominicano que decoró el claustro de la Recoleta de Quito, y el Refectorio del Convento de Santa Fe de Bogotá; Miguel de Santiago y su yerno Goribar; su hija Isabel de Santiago y su marido Antonio Egas Venegas de Córdoba; Magdalena Dávalos, tan alabada por La Condamine; Bernabé Lovato y Simón Valenzuela, contemporáneos, amigos y socios del taller de Miguel de Santiago; Morales, Oviedo, el hermano jesuítico Hernando de la Cruz y su discípulo el hermano Domingo, franciscano e indio de pura sangre, hasta Samaniego, Ramírez y Juan de Benavides; Vicente Sánchez, Astudillo y tantos otros.

Más tarde aparece Antonio Salas, discípulo de Samaniego y de Rodríguez y padre de una numerosa familia de pintores que harán el monopolio artístico durante un siglo, y restauradores también del prestigio glorioso de la pintura, después de la decadencia que les sobrevino a raíz de la muerte de Goribar y Miguel de Santiago.

Entre los escultores tenemos así mismo una pléyade grande de nombres: Diego de Robles, quien, cincuenta años más tarde fundada la ciudad de Quito, esculpió las estatuas de las vírgenes de Guápulo, Antonio Fernández, el padre Carlos, el mejor de su época y muy alabado por Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Bernardo de Legarda, Manuel Chili (a) Cúspicara y el más grande de los escultores de la Colonia, José Olmos (a) Pampite, Manuel Salas y su discípulo José Do-

mingo Carrillo, Gaspár Sangurima, famoso cuencano (a) el Lluqui, sin duda por trabajar con la mano izquierda y a quien el Libertador Bolívar honró con una pensión vitalicia para que perfeccionara y enseñara las diferentes ramas artísticas que practicaba, como: Arquitectura, Escultura, Dibujo, Herrería, Platería, Relojería y Carpintería.

La Arquitectura también tiene nombres gloriosos, aunque en menor número que el de los pintores y escultores. Basta consignar los nombres de Fray Antonio Rodríguez, franciscano, hijo de Quito, autor del bello claustro principal del Convento de San Francisco de Quito, del de Santo Domingo y el de la Iglesia de Santa Clara en el siglo XVII; el del hermano jesuítico Marcos Guerra, arquitecto oficial del Cabildo Quiteño, hasta Juan Vivas y José Jaime Ortiz, en el siglo XVIII. Todos estos fueron discípulos de los frailes mandados por España como directores y constructores de los maravillosos templos quiteños.

Mucho se ha discutido alrededor del arte colonial quiteño; de su valor intrínseco en su esencia plástica como para constituir una verdadera escuela quiteña.

Las cualidades esenciales de diferenciación y unidad que pueden exigirse para la aplicación o denominación de escuela, en el arte colonial ecuatoriano, no pueden constar con precisión matemática, filosófica y aún más si consideramos su origen y formación. Pues en la temática no difiere de la europea; toda la obra se desenvuelve alrededor del tema dominante de la época: el religioso; su factura, oficio o técnica, será la de sus maestros flamencos, italianos o españoles. Lo cierto es que, el trasplante cultural del Viejo Mundo fue asimilado a perfección, saliéndose Quito de lo meramente vulgar, imitativo, hasta el punto, como ya lo expresamos, de constituir una verdadera fábrica abastecedora de toda la América Española, y no sólo en el número de sus piezas, sino en la calidad y hermosura, diferenciándose aquí sí, de la factura y esencia mismas de los demás artistas del Continente, hasta recaer en proverbial uso de la Escuela Quiteña, en boca de críticos nacionales y extranjeros. Bástenos, como para cerrar esta visión breve del desenvolvimiento artístico de la Colonia, unas pocas palabras del célebre pintor y crítico italiano Julio Arístides Sartorio: "Al venir desde la Argentina, tocando las costas del Pacífico en Chile, en el Perú, viajando luego por el interior de este país, de Bolivia y del Ecuador, hasta llegar a Quito, me he convencido de la existencia de un arte americano, y he sorprendido tradiciones no sospechadas de los tiempos prehistóricos y de los modernos, tradiciones que en lo porvenir inspirarán en dicho arte caracteres precisos. Y así, a primera vista, observando aquí y allá, aparece este arte confuso y fabuloso, después de la visita a los monumentos de Quito, se mani-

fiesta determinado en todas sus fases, y aún, en la contribución indígena, lógicamente desenvuelto". Y estas otras, del no menos autorizado padre Cappa: "Pues, tomando en la mano y sin preocupación alguna, el peso de la justicia, veo que el fiel se inclina, sin oscilar una vez siquiera del lado del Ecuador. Sólo Miguel de Santiago, en la Pintura, contrabalancea y supera a todos los pintores del resto de la América del Sur".

Cerrado el ciclo de la época Colonial, deviene la República, 1822. Un período de estancamiento artístico sostiene en parte el prestigio bien ganado de los artistas de la Colonia, don Antonio Salas, y luego en las postrimerías del siglo XIX los pintores Antonio Salguero, Luis Pinto y Manosalvas, Luis Cadena y otros. Se caracteriza esta época, por el tratamiento de los temas militares y en parte religiosos: retratos de los Generales y Capitanes de la gesta libertaria, escenas y batallas históricas; se multiplican y ponen en actualidad, y luego se suman a los temas religiosos, tradicionales, proporcionados por los libros sagrados, los que proporciona la fantasía popular a base de sus respectivos santos y vírgenes de su devoción. Aquí puede verse ya en parte de la obra de Don Luis Pinto, la introducción del elemento indígena, pero todavía en forma endeble, accidental o folklórica y no como el que nos proporciona al comienzo del siglo XIX el pintor indio Quishpe en uno solo de sus cuadros "El Cristo de la Vid", obra por sí sola completa, con un sentido y sabor indígena profundo, con una factura y composición que bien podría ponerse de actualidad dentro de las mejores escuelas o movimientos modernos, y que puede admirárselo en la bien conservada Pinacoteca de los padres franciscanos en el Convento de los mismos.

Es indudable que todo movimiento o transformación política y social, acarrea lógicamente, consecuencias fundamentales dentro de la vida de la sociedad.

En 1895, el Ecuador es sacudido por la revolución liberal, después de un largo período de dominación conservadora. Este hecho histórico golpea fuertemente la conciencia nacional y despierta en el ecuatoriano el ansia de libertad, de superación y sobre todo, de transformación cultural. Siendo el arte una superestructura, éste tomó e impulsó, acogiéndose a esas nuevas modalidades político-sociales, su visión dentro del panorama de las artes.

Se oficializa por primera vez la Escuela Nacional de Bellas Artes; viajan muchos artistas a Europa, becados por el Gobierno Revolucionario, se realiza un intercambio más frecuente de la cultura con el exterior; las nuevas ideas sociales del momento político europeo son leídas y estudiadas con entusiasmo, y así se crea el clima propicio para el arte moderno del Ecuador.

Surgen los escritores, relatistas, ensayistas y poetas, quienes con visión clara de realidades propias, nacionales, extraen de las mismas los argumentos y materiales para forjar su literatura con fisonomía auténtica. Se deja de trasladar los temas y argumentos de París y son los factores decisivos que orientarán a la nueva generación de artistas plásticos.

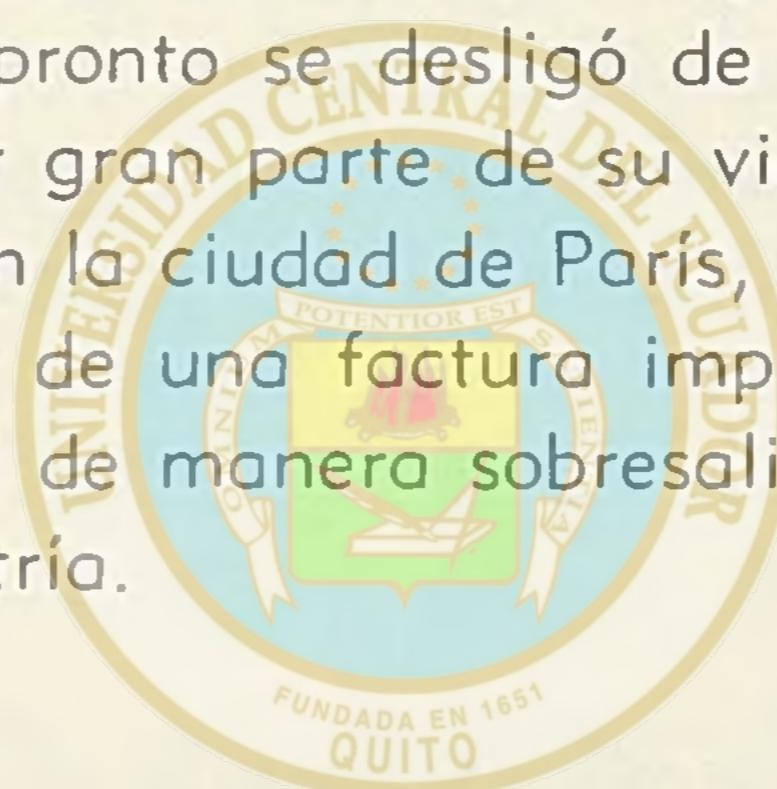
Es indudablemente la Escuela Nacional de Bellas Artes la forjadora de los nuevos valores plásticos, ésta proporciona los medios y la técnica del oficio, por medio de prestigiosos maestros nacionales y extranjeros. Luis Martínez, con su novela "A la Costa" y sus paisajes andinos y más directamente Camilo Egas, con la interpretación de la pintura del indio ecuatoriano, son los precursores del movimiento pictórico ecuatoriano. El primero deja a un lado la copia de la estampa europea y mira de frente sus soberbias montañas; el segundo, hace del indio motivo de esencia plástica y estética, por primera vez presentado ante su propio público; hoy, Camilo Egas, vive por muchos años ya radicado en los Estados Unidos de América rumiando su lugar de origen. Sin embargo hasta el año de 1930, no se han realizado sino tanteos generales, búsquedas con un predominio muy marcado por cierto de las grandes escuelas europeas, parisién, sobre todo. Pero este año, precisamente, es el que marca el verdadero derrotero de la auténtica generación actual. Surgen de Guayaquil, Loja y Quito, pintores con claro talento de su misión; se coordinan desde los tres puntos cardinales, en la ruta que les señala una nueva actitud ecuatoriana, americana.

Los pintores que realizan obra meritoria antes de este año y que marcan una época mereciendo mención especial dentro de la historia del arte, son algunos, como: Juan León Mera, paisajista fecundo y delicado; José Espín, acuarelista muy notable; Víctor Mideros, pintor extraterrenal y profundamente místico; Enrique Gómezjurado, académico minucioso y buen retratista; Alfonso Mena y Caamaño, pintor de los interiores y claustros conventuales; Sergio Guarderas, captador de barrios y rincones maravillosos de Quito Colonial de refinado espíritu, y el malogrado pintor Abraham Moscoso, de fuerte personalidad y magnífico intérprete de la figura humana; Nicolás Delgado, pintor de refinado gusto y ágil dibujante; Luis Toro Moreno, retratista con una colección maravillosa en la ciudad de Cuenca y hombre de una gran cultura; Wenceslao Cevallos, retratista también pero con menos garra que el anterior; Luis Troya, magnífico paisajista especializado; y Alberto Villacreses; gran retratista.

Pedro León Donoso fue uno de los maestros que más contribuyó dentro del movimiento artístico contemporáneo, a la liberación de lo tradicional y académico, enrumándolo en un concepto de moder-

nidad y buen gusto. No podría ser de otra manera, ya que su educación artística la debió en gran parte a un Profesor francés, el recordado pintor Paul Bar, que introdujo el Impresionismo, y luego a sus viajes por Francia, Bélgica y España, donde perfeccionó sus conocimientos. Desde la cátedra de Pintura y luego desde la Dirección de la Escuela de Bellas Artes, supo orientar a varias generaciones de artistas, con amplitud y generosidad. Hombre cabal y amplio en todo el sentido de la palabra, no se amedrentó ante las últimas novedades artísticas o ismos, por más extravagantes que ellos fueran, antes al contrario, gustaba de la discusión y esclarecimiento de los mismos dentro de las agrupaciones y sociedades a las que supo animar y fomentar en conferencias, revistas y folletos. Su obra habla con diafanidad y pureza, de su sensibilidad extraordinaria, sobre todo en el paisaje que fue su predilección y fue un maestro; y con su técnica impresionista captó los más bellos rincones de París, Brujas y puertos españoles, y legó a su Patria la fortuna inmensa de haber pintado sus costas, sus serranías, sus hombres y su espíritu.

Atahualpa Villacreses fue otro de los pintores valiosos del Ecuador. Hombre inquieto, pronto se desligó de los motivos nacionales y de su patria para pasar gran parte de su vida en los Estados Unidos de América y el resto en la ciudad de París, donde murió trágicamente. Su obra está dentro de una factura impresionista distinguiéndose por sus finos paisajes y de manera sobresaliente en sus retratos realizados con suma maestría.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Eduardo Kingman. Nacido en la ciudad de Loja, es uno de los que conforman definitivamente el grupo de la generación denominada ya del año 30. Personalidad recia y fecunda, su obra ha recorrido casi todas las escuelas pictóricas, en afán de encuentro positivo. Como todos los pintores de esta generación, toma los temas nacionales, el indio es el factor predominante, para conjugar las más variadas obras composicionales. Inicia su obra en la ciudad de Guayaquil para continuarla de manera definitiva en la capital, Quito, donde encuentra el clima propicio y los elementos substanciales para el desenvolvimiento de su carrera artística. Al mismo tiempo que pinta y produce funda, por primera vez en Quito, la primera Galería de Arte denominada Caspicara, que se constituye para la época en el centro del movimiento artístico capitalino. Lleva a cabo sus primeras exposicio-

nes personales y concurre a las exposiciones colectivas; viaja a los Estados Unidos y a algunos países de la América del Sur, siempre en búsqueda de nuevas expresiones y emociones estéticas. Su sensibilidad auténtica de pintor le lleva a realizar por primera vez en el Ecuador, la pintura mural, como el perteneciente a la granja del doctor Manuel Benjamín Carrión, en el pueblo de Conocoto. Compositor de la costa y de la sierra en cuadros magníficos y valientes, delatores de la postración económico-social del pueblo ecuatoriano. En la última etapa refina su temática y sensibiliza sus ricas texturas, consiguiendo, por la simplicidad de sus líneas y ritmos expresar una plástica-poética muy propias, que hacen del artista una personalidad brillante y sólidamente estructurada del momento artístico ecuatoriano y americano. Varias de sus obras figuran en algunos museos de América y está prestigiado por la crítica nacional e internacional.

José Enrique Guerrero. Es el pintor máximo de la interpretación nostálgica o trágica, si se quiere, del paisaje ecuatoriano, del paisaje citadino. Buceador del misterio del arrabal quiteño, de sus calles, torres y cúpulas coloniales. Ha incursionado por muchísimas tendencias y ha trabajado con hábil y fecunda mano, todos los motivos que se le han presentado al paso de sus innúmeras correrías, porque Guerrero es seguramente el pintor quiteño que más ha viajado: Francia, España, Inglaterra, Estados Unidos, México, Uruguay, Argentina, Bolivia, Venezuela, Colombia, le son familiares, correspondiendo así a su inquietud permanente de artista y de bohemio. Ha tratado la figura humana con menos entusiasmo que el paisaje, sin embargo cuenta con varios cuadros de sabor indígena y que han merecido los mejores elogios de la crítica europea, su factura libre y desenvuelta, con un dibujo apretado y ágil, que sumados al claro-oscuro envolvente hacen de sus cuadros la característica personal e inconfundible. También ha realizado muchas exposiciones individuales y colectivas en el país y en el extranjero, y ha pertenecido y ha fomentado varias agrupaciones artísticas, como ha merecido los más altos premios nacionales.

Bolívar Mena Franco. Con el alma y gusto innato que crea el ambiente de una tierra bella como es la suya, Ibarra, llega a Quito. Estudia en la Escuela de Bellas Artes y se lanza a la lucha por conquistar su ideal. Viaja a los Estados Unidos por medio de un concurso y de regreso trae consigo inquietudes nuevas; éstas se traducen en la búsqueda de elementos propios, de acuerdo con los elementos nacionales y crea su obra indigenista plena y nutrita. Su composición es llena y apretada, tanto cuanto construye un tema de composición con figura, como cuando elabora un paisaje; su factura es rica en pigmentación y empastes y de una gran versatilidad en el color; su di-

bujo sobrio, preciso y elegante, características éstas que hacen de Bolívar Mena uno de los pintores más inconfundibles. Gran dibujante, sobrio en la línea, ha enseñado y sigue ensayando constantemente nuevas técnicas, de manera especial en lo difícil de la técnica al agua fuerte. Como todos, ha participado en toda exposición nacional y extranjera, ha merecido varios premios y, actualmente, mantiene la cátedra de Dibujo en la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Luis Moscoso. Es uno de los temperamentos más delicados y así resulta su obra. Esencialmente es un pintor del paisaje ecuatoriano, pero en un clima diferente al creado por los demás. De sus diferentes épocas recordamos los temas de la lluvia en varias transparencias y conjugaciones, haciendo entrechocar suavemente los tejados y murros viejos de los edificios, o las campiñas vastas y tranquilas, guardando siempre una armonía de color que no se salía de lo tibio o frío. Posteriormente amplía la visión del paisaje, con argumentos captados en los diferentes lugares del país. Su paleta cambia hacia las armonías de los colores cálidos y variados. Las obras pertenecientes a las últimas exposiciones del artista, demuestran su madurez técnica con un tratamiento a grandes pinceladas y la justa yuxtaposición de sus colores. Además Luis Moscoso es un excelente grabador en madera y tiene numerosas obras dentro de este género, como también es uno de los pocos artistas que no ha salido fuera del país.

Leonardo Tejada. Perteneció al tipo del artista múltiple; hombre inquieto por todo lo que dice relación con las artes en general, es pintor, tallador, grabador, profesor y ha pertenecido a todas las agrupaciones artísticas que se han sucedido en la ciudad. Pero dentro de sus múltiples actividades, es innegable su valor como acuarelista y sobre todo, como un verdadero maestro de la talla en madera. Sensibilidad espontánea dentro de la captación del motivo para el género noble y difícil que es la pintura a la acuarela; lo domina y plasma con la seguridad del joyero que engarza una piedra preciosa. La colección numerosa es sumamente valiosa y está repartida por muchísimas galerías particulares. Como tallador en madera guarda, hasta cierto punto, con su hermano Miguel Angel la famosa tradición de la Colonia. Es autor de las más importantes obras nacionales dentro de este género y ha viajado por Costa Rica, México y Venezuela en afán de divulgación artística.

Carlos Rodríguez. Es el pintor que egresado de la Escuela de Bellas Artes, incursionó con su pintura por los senderos de la política marxista, más que ningún otro lo había hecho hasta entonces. Realizó su primera exposición con cuadros lacerantes de la realidad social, cuadros-cartel podríamos llamarlos, para luego seguir por otra ruta, la del retrato, distinguiéndose singularmente; trabaja una serie de

ellos y viaja a México, luego a Francia y Estados Unidos. Es un pintor y dibujante que ha persistido en el género del retrato y menos fecundo, seguramente, que el resto de su generación.

Gerardo Astudillo. Estudiado en la misma casona de los anteriores y en la cual mantiene una cátedra, se ha colocado últimamente en un alto sitio dentro de la pintura del Ecuador. Hombre sencillo y culto, ha realizado pocas pero bien meditadas obras, con la responsabilidad de quien mira la perdurabilidad de la obra. Su pintura indígena es sobria, rica en texturas y armonías; traba los ritmos de sus composiciones en un todo armónico, y el hombre y el paisaje se mimetizan, suscintando al espectador una impresión sobrecedora. Tampoco ha viajado al exterior, pero es uno de los artistas más atentos al movimiento cultural del momento.

Piedad Paredes. Después de realizados sus estudios artísticos es la única mujer en Quito que ha sabido persistir y salir adelante por el difícil camino del arte. Piedad Paredes, con su espíritu delicado y culto ha paseado su producción desde lo romántico hasta un realismo suave e interesante. A la primera época pertenecen una serie de composiciones y retratos y a la segunda, numerosos cuadros con temas del folklore nacional. Ha viajado por los países centroamericanos, es entusiasta colaboradora de diversas entidades culturales y ha llevado a cabo valiosas exposiciones personales y colectivas.

Oswaldo Guayasamín. Es el caso más inquietante del momento actual. De raíz y formación quiteña, en 1941, apenas egresado de la Escuela de Bellas Artes bajo la dirección del maestro Pedro León Donoso, realiza su primera exposición con inusitado éxito. Sus cuadros se enmarcan en el expresionismo pictórico; trabaja sin descanso, realiza varias exposiciones en las que demuestra búsqueda de orientación en una serie de tanteos por las diversas escuelas. Orozco, Rufino Tamayo, Braque, Picasso, le son familiares; se hace acreedor a numerosos premios principales, hasta que se impone una tesis para el desarrollo de una serial de óleos, denominada "Huacayñán", o sea, traducido, "El camino del llanto", consistente en ciento y uno cuadros que representan el tema indio, el mestizo y el cholo, y en la cual, se pudo constatar la asimilación justa y progresiva de las técnicas e ismos en boga, partiendo del expresionismo más crudo hasta desembocar en la fórmula más abstracta. Esta exposición de gran envergadura numérica y altas calidades plásticas le valió los mejores comentarios de la crítica nacional y luego de ser exhibida en Venezuela, los Estados Unidos de América y España, la más encomiástica crítica que a un pintor ecuatoriano se haya hecho; haciéndose acreedor, por lo tanto, hoy día, al más alto galardón en la Tercera Exposición Bienal de Barcelona, el Gran Premio consistente en cien mil pesetas.

Premio consagratorio para el ecuatoriano, nuestro gran compatriota.

Gustavo Vásquez. Perteneció a la promoción más joven de pintores que con Guillermo Muriel, Oswaldo Rivadeneira, Jaime Valencia, Sergio Coello y León Pío Bravo, realiza obra meritoria como ya lo han demostrado en sus exposiciones realizadas en esta capital.

Jan Scheuder y Lloyd Wulf. Son los pintores extranjeros que por más de una década han colaborado e influido poderosamente en el movimiento artístico ecuatoriano.

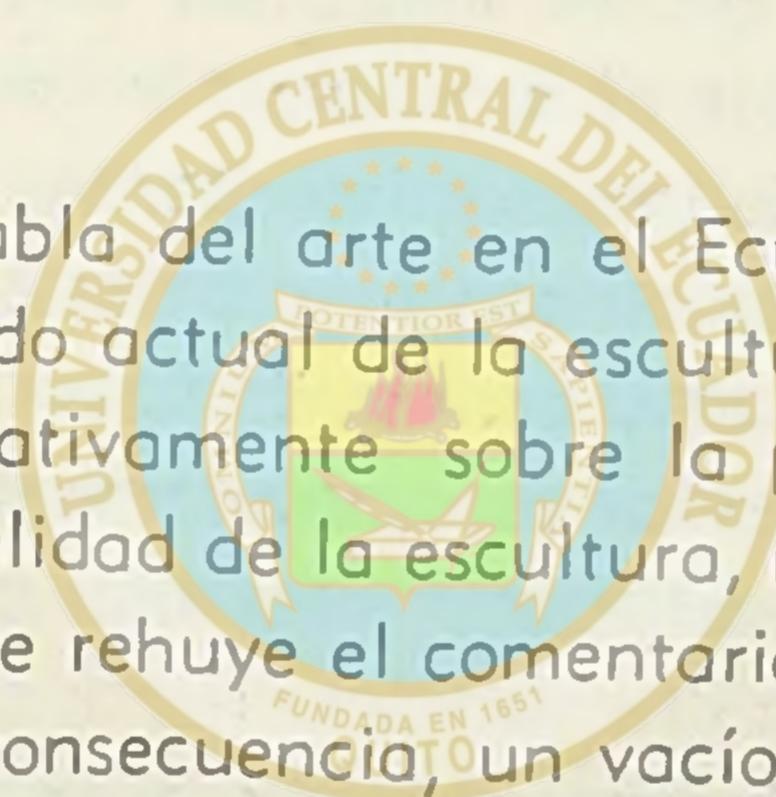
Jan Scheuder, de origen holandés, es hombre de recia personalidad, vive encantado en el Ecuador, del cual ha sabido extraer sus preciosos materiales para su arte potente y de gran envergadura, como sólo puede dar su maravillosa tierra holandesa, cuna de una de las más grandes escuelas pictóricas del mundo. Y Lloyd Wulf, de nacionalidad norteamericana, buscador incansable de la pureza técnica y de espiritualidad elevada y culta como magnífico crítico de arte.

No podríamos terminar este recuento de los pintores quiteños sin mencionar a los novísimos, a los pertenecientes a la última generación, ellos son: Julio Cevallos, Gérman Pavón, Arturo Díaz y Oswaldo Moreno Heredia. Todos ellos han despuntado con obra prometedora y con la férrea voluntad y fe ante la vida, cualidades necesarias e indispensables para el logro de su aspiraciones.

Galo Galecio. Pintor y grabador, perteneciente al grupo de Guayaquil, ahora con residencia en Quito. Es un autodidacta que perfeccionó sus conocimientos en México. Como pintor ha realizado pocas obras, pero dignas de ser consideradas; temas del montuvio y el trópico ecuatoriano los ha sabido interpretar con la compenetración y sentimiento propios de un hijo de la tierra tropical. Moderno y novedoso en la interpretación de sus modelos y diferente en línea y concepción a los pintores de la sierra. Es el que introduce por primera vez en el Ecuador la técnica de la pintura al fresco, de lo cual tenemos una muestra valiosa en uno de los Salones de la Casa de la Cultura, en el mural que representa la Historia del Ecuador, mas, lo definitivamente maestro de este artista está en sus grabados de madera, la precisión y acabado perfecto, y nitidez en todos y cada uno de ellos, unido a la concepción bien lograda, han colocado a Galo Galecio en un sitio preferente en el Ecuador y en la América Latina. Trabajador infatigable, con su obra fecunda y cimera, ha contribuido al éxito de varias exposiciones colectivas nacionales y extranjeras a parte de las particulares. Además, hombre de sensibilidad múltiple, ha jugado papel importante en la política nacional con sus famosas como cáusticas caricaturas bien cotizadas por los mejores diarios y revistas del país.

Los otros pintores de Guayaquil que han contribuido con sus crea-

ciones al movimiento plástico moderno del Ecuador son: Araceli Gilbert, Alba Calderón de Gil, Manuel Rendón Seminario, Segundo Espinel y el último, el más joven de todos, Luis Tabara. De este grupo se desplazan de su ruta trazada desde su comienzo, o sea el de conseguir una pictórica con caracteres propios, diferenciables de los demás, Araceli Gilbert y Manuel Rendón. Este, seguramente obedeciendo a su cultura y a su vida en gran parte en Francia, es el primero que rompe y se aleja hacia la abstracción pura, europeizante y es seguramente el pintor de más volubilidad, el que ha pintado en casi todas las nuevas modalidades que se han sucedido; y Araceli Gilbert, después de sus viajes por Estados Unidos y Francia, cambia total y radicalmente hasta tal punto que sus cuadros se confunden irremisiblemente con cualquiera de los pintores abstractos europeos.



Siempre que se habla del arte en el Ecuador, se pregunta sobre la situación real o estado actual de la escultura. Mucho se ha dicho y se ha enjuiciado relativamente sobre la pintura en general, más, cuando se enfoca la realidad de la escultura, no existe el juicio franco, crítico de antemano o se rehuye el comentario justo, equilibrado de la misma; resultando en consecuencia, un vacío demasiado frío para todos los artistas que con gran espíritu de sacrificio siguen bregando por el arduo como duro afán de hacer escultura, y en el público, una consecuencia desalentadora, frágil al menosprecio hacia una de las grandes expresiones de la plástica, la escultura.

Ahora bien, teniendo como se tiene todo el admirable respaldo de la época colonial, es nuestra escultura lo que debería ser? Cómo trabajan nuestros escultores? He ahí los interrogantes que necesitamos descifrar para ubicar el criterio justo sobre el momento actual de la escultura ecuatoriana.

La escultura colonial tuvo como raíz toda la tradición plástica universalista, desarrollándose lógicamente de acuerdo a su medio y a su ambiente. Este medio ambiente colonial-cristiano, creó por medio de la fe la necesidad artística en arquitectura, escultura, pintura, talla en madera, orfebrería, etc. Consecuentemente esta necesidad impulsó a todos y cada uno de los diferentes artistas a un rendimiento y expresión máximos; pues, impuesta la necesidad, el artífice fue solicitado y buscado a tal punto que, en muchos casos, fue necesario el encierro

voluntario o involuntario, a fin de poder cumplir plenamente su misión o encargo como en la época se lo denominaba.

Dentro de la facilidad económica que fue el coeficiente de esa época, la arquitectura abrió paso a la escultura y demás artes, llegando a un desenvolvimiento singular, tanto en lo que a calidad se refiere como a la abundancia en la producción, capaz de llegar a abastecer pedidos o encargos fuera de las fronteras patrias. Esta época colonial dio como resultado una lista grande en el campo de las Bellas Artes y especialmente en la pintura y escultura y como pruebas grandiosas de su arte, tenemos esos verdaderos poemas en piedra que son las fachadas de los templos e iglesias las cuales, a su vez, guardan casi todas las manifestaciones artísticas de pintura y escultura.

De esta auténtica tradición se encuentra respaldada y nutrida la escultura contemporánea del Ecuador, como lo están las demás ramas del arte de mi Patria, además alentadas con las experiencias contemporáneas, a base de los contactos con los países extranjeros de gran tradición como por el contacto con los demás artistas de diferentes latitudes. Pero debemos preguntarnos las condiciones económico-sociales en la actualidad son favorables a una producción escultórica suficiente en calidad y cantidad? Creo que la respuesta no se hace esperar, la época actual es absolutamente desfavorable para el normal desenvolvimiento artístico y peor aún en lo que corresponde a la escultura.

Siendo el arte el resultado del momento histórico de un país, la escultura actual no podría sustraerse a ello, pero necesario es aclarar, con respecto a la pintura, que si no se ha colocado a la misma altura de producción, es por razones obvias. La escultura requiere bases de sustentación más firmes en muchísimos aspectos que debían nacer, ser proporcionadas por la arquitectura, el Gobierno y las instituciones culturales. Así se explica que la pictórica ecuatoriana haya tenido mayor desenvolvimiento, ya que ésta puede ser más factible de realización por lo menos difíltoso de sus procedimientos de elaboración.

Paralela a las demás artes, la escultura colonial dejó prácticamente una ancha laguna, producida por la República, con pocos casos excepcionales y aislados, hasta 1914 en que recobra virtualmente su categoría de tal, pero ya con un sentido actual, contemporáneo.

Es ahora la Escuela de Bellas Artes la encargada de fraguar el nuevo equipo de escultores que se enfrentarán a la lucha noble y sacrificada para mantener latente ese glorioso pasado, como allá en la Colonia el taller particular era el encargado de dar la enseñanza artística a esos preclaros talentos.

Así, pues, con la llegada del escultor italiano Luigi Casadio —maestro de grata recordación—, contratado por el Gobierno Nacio-

nal para la enseñanza de la escultura, es como surgen esos nuevos valores; si no muy numerosos por la deserción o abandono de su profesión, por lo menos suficientes en su calidad y número para hacer la representación honrosa de su arte. América Salazar, Germania Paz y Miño, Luis Veloz, Luis Mideros, Luis Cornejo, Segundo Ortiz, César Bravomalo, Alfredo y Daniel Palacio y Jaime Andrade Moscoso, son los nombres que forman ese grupo. Pero si bien es verdad que, en su mayoría, todos o casi todos han realizado una obra más o menos valiosa, esto no les da o concede el derecho pleno a colocarse en un plano de verdadera y auténtica representación nacional, lo cual concede solamente la dedicación y una actitud honesta y sincera de profesionalismo constante, y por lo cual también es honrado reducir esa nómina a un número de nombres que sí alcanzan por las razones anteriores, ese plano fundamental y exigente que demanda el difícil como grandioso arte de la escultura; en resumen, ellos son: Alfredo Palacio, Luis Mideros y Jaime Andrade Moscoso.

En consideración a las condiciones por las cuales se ha desarrollado y sigue desenvolviéndose la escultura en el Ecuador, condiciones sujetas, la mayor de las veces al encargo oficialista, con la ausencia absoluta de la obra que podía haber sido encomendada por gentes comprensivas y amantes de la pureza artística, nuestros escultores perdieron en lo absoluto la libertad y espontaneidad en su personalidad; encargos aquellos, reducidos a muy contados objetos o temas, como: bustos o monumentos de héroes y hombres ilustres, túmulos y lápidas mortuorias, campo en el cual como fácilmente se puede comprender, fue propicio para el estragamiento del gusto y para un monopolio de esos poquísimos encargos de pseudo escultores que han causado y siguen causando grave daño en el gusto estético general. Por otro lado falta también la colaboración del arquitecto, que a lo largo de sus construcciones suprimió el aporte escultórico, salvando así mismo muy pocos casos de excepción. En estas condiciones ambientales en las que la sociedad, por otra parte, parece haber olvidado por completo la utilización y existencia de esta rama del arte, bregando contra el medio hostil, reeducando aquel gusto viciado y falso del concepto escultórico, se abren paso estos contados artistas, reencontrando esa gloriosa ruta trazada por esos maestros cimeros de la época colonial, con todos los aportes que la época contemporánea pueda proporcionarle y apoyarle en su conformación.

Luis Mideros y Jaime Andrade son los que se han entregado de lleno a esta noble tarea en la sierra ecuatoriana, y Alfredo Palacio en la costa; los primeros con residencia en la ciudad de Quito y el segundo en la ciudad de Guayaquil.

Luis Mideros pertenece a una familia de artistas y es el autor

de muchas obras en bronce y en piedra, destacándose la serie de bustos que engalanan la Avenida Patria de esta ciudad. Estos bustos todos realizados en bronce, son retratos de ilustres personalidades ecuatorianas, como lo son también muchos otros que embellecen varios parques y plazas públicas en algunas provincias, destacándose de esta serie, el bronce de Juan Montalvo, obra que ornamenta un rincón principal del Parque de Mayo de esta capital. Por su fuerza expresiva, la reciedumbre del hombre representado como luchador por las ideas libertarias cual llama ardiente y seductora hacen que, junto a su técnica desenvuelta y ágil, lograda con una gran maestría, sea una de sus mejores obras. Indudablemente que dentro de la producción general de este artista sobresale ya por la magnitud de sus proporciones, como por el concepto de escultura, su obra en piedra, realizada en la portada de la residencia de la familia Jijón y Caamaño. Consta esta obra de dos altos relieves colocados uno a cada lado de la parte superior de la portada principal y que se desarrolla en sus tres caras, tanto anteriores como laterales de cada uno de los lados, utilizando la figura humana en su tamaño natural. "La vida y el amor" es el tema que desarrolla en estos tres grandes frisos, compuestos en ritmos vibrantes de emoción, tanto en sus masas generales como en la línea que imprime a cada una de sus figuras. Podría decirse que es un tema entresacado de la Mitología Griega, ya que dentro de la trazón compositinal mezcla e introduce un elemento propio de ella, el Centauro, dando la impresión de los bajos relieves clásicos. En general es una obra que, dada su magnitud, guarda el equilibrio justo de la composición y logra la plasticidad de las masas, que sólo una bien meditada ejecución dentro de la dura como noble materia, se requieren. En suma, podríamos decir que esta es una de las obras de mayor envergadura y que coloca al artista en un sitio de preferencia.

Alfredo Palacio. Escultor y pintor de recia contextura plástica, es el que forja en la ciudad de Guayaquil la representación más clara del grupo de artistas de esa ciudad. Joven Director de la Escuela de Bellas Artes de esa urbe, enseña y produce la escultura, materia en la cual tiene su fuerte; dominando el bronce, la piedra, el mármol y las duras como nobles maderas tropicales. Su obra en general es fuerte, concisa, de una valentía que solamente el hombre con dominio absoluto de su oficio puede lograr, en ritmos y formas de una masculinidad que hacen las características fundamentales de su técnica. Es autor de numerosas obras, entre las cuales podemos citar sus bien logrados retratos, como el del malogrado escritor Joaquín Gallegos Lara, bronce realizado con reciedumbre plástica con verdadero amor filial al hombre y al poeta; los desnudos en madera dura como el granito, bálsamo, guayacán, verdaderos cantos e interpretaciones de la mujer

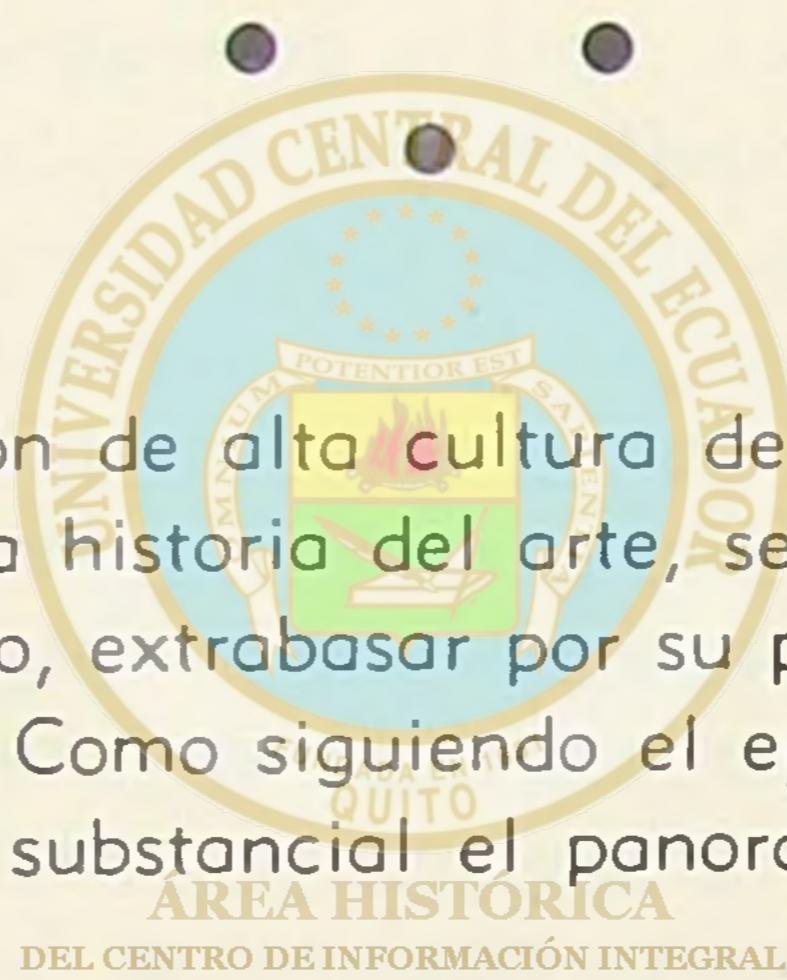
del trópico ecuatoriano, logrados con la emoción más pura de la forma, el ritmo exuberante y el calor. El artista domina la materia, juega con la contraposición de la línea y el ritmo, pule la superficie maravillosa que a veces deja la veta de la madera al descubierto, para producir encantos emocionales insospechados. De sus obras mayores podemos citar el bajo relieve del frontis de la Escuela de Bellas Artes del puerto de Guayaquil, y el famoso monumento al bombero, obra que se malogró. Es el escultor que más novedad dentro de un proceso lógico ha dado a la escultórica moderna nacional.

Jaime Andrade Moscoso. Discípulo del ilustre maestro italiano Luigi Casadio y del escultor español José de Cref, es el escultor que se ha colocado a la cabeza del movimiento escultórico ecuatoriano, siguiendo la trayectoria ascendente, lógica y rectilínea propia de los maestros verdaderos; sin la precipitación de muchos improvisados que realizan una obra rápida y por consiguiente fugaz y negativa, propio de una demagogia estética proclive generalmente a la figuración vanidosa, actitud que camouflada con el acopio de escuelas e ismos no bien digeridos por los mismos que las toman y las utilizan, caen en el snob o lo que es peor, en las truculencias más mediocres. Jaime Andrade inicia su obra en la misma época en la cual los pintores ecuatorianos realizan su movimiento orgánico y homogéneo de generación. Concurriendo a varias exposiciones de artistas independientes y conjuntas, más tarde, a varias exposiciones internacionales y nacionales donde obtiene sus primeras recompensas constituyendo entre ellas una de las más valiosas, el Premio Nacional de Escultura en el Salón Nacional de Artes Plásticas, organizado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1945 y el Premio del Bajo Relieve del Auditorium de la Ciudad Universitaria de Quito.

La obra de este escultor va directamente a la talla en madera, la piedra y el mármol. Su estilística sujeta a la proporción de un moderno humanismo concorde con su temperamento y con su época, más un acento y una línea extraídos de lo indígena americano; enfoca desde la obra más pequeña y fina por su tamaño, hasta la obra de grandes dimensiones. Bastaría poner la atención necesaria en el examen y análisis de su última obra que ha realizado en la parte posterior del Auditorium del pabellón administrativo de la Ciudad Universitaria, para lograr un concepto cabal y justipreciar nuestras opiniones. Obra la mayor seguramente, que se haya realizado hasta hoy en nuestra República, tanto en sus grandes proporciones materiales como por la envergadura de su ejecución plástica y temática. Dicha obra se desarrolla en tres grandes bajorelieves localizados el primero y el mayor en la parte central vertical del muro, y los otros dos, uno a cada lado del primero, a manera de grandes brazos horizontales. Es ahí

donde toman vida esas grandes masas, espacios y ritmos en piedra; es ahí donde las grandes ideas alrededor de la evolución del hombre y la historia de la humanidad, surgen claras y vitales, y es ahí también que se realiza a manera de sinfonía o poema en piedra, la más seria como fundamental obra escultórica del Ecuador contemporáneo.

Creemos que el rendimiento escultórico ecuatoriano actual, no tiene, no puede tener, el rendimiento pleno de otras épocas (salvando eso sí, la obra de los maestros ya consagrados: Andrade, Palacio y Mideros). La indiferencia total del medio, el bajo nivel económico del país y la unilateralidad del constructor y el arquitecto al no consultar y emplear la escultura y la pintura, determina la falta de actividad profesional-artística, resultando de todo ello, una vida sacrificada de todos los hombres que hacen arte.



Toda manifestación de alta cultura de los pueblos, las grandes escuelas que registra la historia del arte, se han nutrido de la esencia nacional para, luego, extrabasarse por su poderoso aliento hacia terrenos de lo universal. Como siguiendo el ejemplo, es lo que resume el concepto estético y substancial el panorama general de las artes plásticas ecuatorianas.

AREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Creemos con emocionada fe que la raíz nutricia de tres siglos con que cuenta el Ecuador artístico de hoy, está sacando a madurar sus frutos sazonados con el calor desapasionado de la crítica a la cual someten sus obras los artistas de mi Patria, en los más exigentes centros de la cultura universal.